



# JACLR

*Journal of Artistic  
Creation & Literary  
Research*

*JACLR: Journal of Artistic Creation and Literary Research* is a bi-annual, peer-reviewed, full-text, and open-access Graduate Student Journal of the Universidad Complutense Madrid that publishes interdisciplinary research on literary studies, critical theory, applied linguistics and semiotics, and educational issues. The journal also publishes original contributions in artistic creation in order to promote these works.

---

**Volume 2 Issue 1 (July 2014)**

**J.C. Giménez**  
**“El corazón de oro” (relato juvenil)**

---

#### **Recommended Citation**

Giménez, J.C. “El corazón de oro” *JACLR: Journal of Artistic Creation and Literary Research* 2.1 (2014)  
<<https://www.ucm.es/siim/journal-of-artistic-creation-and-literary-research>>  
©Universidad Complutense de Madrid, Spain

This text has been blind peer reviewed by 2+1 experts in the field.

---

#### **El Corazón de Oro**

##### Capítulo I – En un mes

En la tierra de Mounz la frase que más se repetía era: “¡Tengo que comprar otra!”

Cuando todavía estaba en el pueblecito de la costa, Claudy ya había oído hablar de las máscaras mágicas, la gran novedad en Mounz. Y durante el viaje de regreso, vio desde su caballo a gente con algunas de esas máscaras: tapaban casi toda la cara y no le parecieron nada del otro mundo, eran caretas de animales o personas. Además, tenía otra preocupación.

—Sí que parecen populares... —dijo su madre—. En la ciudad podríamos comprarnos unas.

—Pero solo son máscaras —respondió Claudy—. Y poco originales.

—Hija, eres muy seria para tener trece años.

—Ojalá no se hubiera terminado el verano...

Pronto alcanzaron el gran desierto de Mounz, y cuatro días después la ciudad. Como de costumbre, lo primero que vio Claudy fueron los molinos de viento y los cultivos, y luego el

ayuntamiento de los magos, situado en la colina más alta de la ciudad. Claudy se apartó de su madre y sus seis hermanos mayores al atravesar las puertas de la muralla.

Era verdad, muchas personas llevaban puestas aquellas máscaras, e incluso presumían por ello. Reconoció por ejemplo a la señora Gujertriss, que además del vestido y las joyas habituales, tenía puesta una máscara de rostro muy serio y maquillado. Más tarde vio a Helena, una compañera del colegio que siempre llevaba dos coletas, con una máscara de gata, frente a una tienda nueva de esas caretas. En el escaparate, Claudy vio una que llamó su atención: la de una bella princesa, de cabello rubio, ojos azules y dientes perfectos.

*Cómo me gustaría parecerme a esa princesa,* pensó Claudy.

Su casa estaba en una calle empinada, y era muy pequeña a pesar de contar con dos pisos. Como los demás edificios de la ciudad, era de madera, aunque el balcón del segundo piso tenía algo de piedra. Pegado a la casa, estaba la tienda de caballos de su madre, donde guardaron a los animales.

Claudy fue la última en entrar. Se miró en el espejo de la entrada, y observó sus dientes descolocados unos segundos hasta que volvió a cerrar la boca, y bien cerrada. Eso sí que le preocupaba.

Su madre no paraba de decir que pronto le pagaría a un mago para arreglar los dientes, pero nunca lo hacía, como tampoco arreglaba las goteras de la cocina. Aprovechó que sus hermanos hablaban con su madre para subir a su habitación y cerrar la puerta. Se acercó a un cuadro que mostraba una pared rosa con una ventana abierta, escribió el nombre de su mejor amiga en la pintura y esperó.

—Quizá Eresa no está en su casa —murmuró Claudy.

El cuadro tembló y se hizo más grande. Claudy atravesó la pintura y entró en la habitación de Eresa, llena de peluches. Por suerte ella estaba peinándose su pelo teñido de azul.

—¿Por qué os vais siempre en caballo? ¿No ve tu madre que así se tarda más? —preguntó Eresa.

—Algún día ya no tendré que montar. ¿Nos saltamos el primer día de clase?

—Mañana no, quiero enseñar mi careta —contestó Eresa—. ¿No te la enseñé? Fue el día que te visité y nos fuimos a la playa. Ya sabes, la del pez.

—Uhhh...

—Deberías comprarte una, estás a tiempo. Te sientes bien con esas cosas. Si quieres puedo aconsejarte.

—No... no hará falta. Hay una que parecía chula.

Horas después, en plena noche, Claudy colocó la máscara de la princesa sobre su cama. Fue más caro de lo que pensó, y tenía pinta de ser muy frágil. A pesar de todo, respiró hondo y se la puso en la cara.

No sucedió nada. Se miró en un espejo, y no le quedaba mal. Por más que observaba, solo era una careta, hasta que sintió algo agradable en la cara, que se extendió por todo su cuerpo delgado. Se paró, y al cabo de un minuto, se repitió la sensación. Se la quitó inmediatamente.

*Ya veo. Es por eso,* pensó Claudy.

También notó un picor en la nariz. Fue entonces cuando se dio cuenta: la máscara era de yeso.

*¡Es yeso! ¿Por qué Eresa no me lo dijo? ¿Es que ha olvidado que soy alérgica al yeso?,* pensó Claudy.

Guardó la máscara en un cajón de su mesita de noche.

*Seguiré como siempre, cerrar la boca y no dejar que me vean los dientes,* decidió Claudy. *Es cierto que le prometí a Eresa que iría al colegio con eso, pero... ¿qué voy a hacer si no puedo ponérmela? Si, no es para tanto.*

Claudy se preparó para acostarse, cuando de pronto oyó una voz...

*¡No os la pongáis, intentan engañaros!*

Claudy se asustó. Abrió la ventana para buscar en la calle, pero solo había gatos.

—¿Quién ha dicho eso? No, será el cansancio.

*¡Oh! ¡Por fin alguien me escucha! ¡Si tienes una máscara mágica, no te la pongas!*

Claudy examinó la habitación muy nerviosa y luego se subió a la cama, tapándose con la manta.

—Fuera de mi casa... —dijo Claudy en voz baja.

*Tranquila, me llamo Ourmat, soy un amigo. No es necesario que te presentes, ya lo sé... eres Claudy.*

—¿Eres un mago? —aventuró Claudy.  
*No, pero quisiera ayudarte. Tengo que dejarte, me pica la cara, pero quema tu máscara. Solo espera unos días, y ya verás... queda un mes...*  
 Y aquella voz se apagó.

## Capítulo II – En siete días

Varias semanas transcurrieron. En ese tiempo, Claudy tuvo la sensación de vivir una pesadilla ridícula.

La moda fue a más cada día que pasaba. Los vendedores ambulantes se las ingeniaron para ganar clientes del modo que fuese. Todos los días se celebraban fiestas para regalar máscaras, inventaban mentiras, o simplemente llamaban a las casas varias veces y te las daban ahí mismo.

Cuando aquello fue demasiado lejos, el ayuntamiento intervino, pero duró poco, tal y como luego se lo explicó su madre.

—El alcalde y los magos del ayuntamiento querían prohibir las máscaras, decían que oculta la identidad de la gente, y que no está bien —le dijo—. Y esta mañana iban a votar, pero el señor Wormmonee, el creador de las máscaras, fue al ayuntamiento y les convenció. Además, les regaló algunas.

A partir de ese día, el ayuntamiento también defendió el uso de las máscaras, y aprobó leyes nuevas: la peor era que si te ponías a vender caretas, no pagabas impuestos. Claudy ya no pudo comprar comida, ni nada normal, porque todas las tiendas vendían máscaras, sin excepción.

Además, los vendedores ambulantes aumentaron en número, y eran cada vez peores: uno de ellos intentó ponerle a la fuerza una careta de pájaro.

—¡Déjeme en paz! ¡Casi me saca un ojo! —protestó Claudy.

—¡Estoy haciéndote un favor! Seguro que todos se ríen de ti, ven, tengo lo que necesitas...

Y el vendedor comenzó a perseguirla. Claudy le despistó pasadas tres calles, pero siempre había otro vendedor del que tenía que huir.

En definitiva, no quedo nadie al margen, ni siquiera los niños.

Cuando Claudy llegó a su casa, vio a su madre cambiar el negocio de su tienda.

—¿Qué ha pasado con los caballos? ¿Tú también con eso? —preguntó Claudy.

Su madre iba con su habitual vestido verde y con su máscara de caballo sonriente.

—Siempre he sabido que odiabas mi tienda. Pero ahora es diferente, ¿verdad? —preguntó su madre.

—¿Y la comida? Estoy muerta de hambre.

—Te voy a dar una de bruja, creo que te sentará muy bien.

—No me molestes mientras hago los deberes.

Entró en la casa bruscamente. Fue cuando descubrió que sus seis hermanos mayores estaban pegando máscaras por dentro de la casa. No supo reconocerlos, los seis llevaban las mismas caretas: un payaso sonriente.

—¿Te gusta la nueva decoración? —le dijo uno de ellos—. Todo el mundo lo está haciendo, para celebrar la noticia.

—¿Qué... noticia? —preguntó Claudy apretando los puños—. Os recuerdo que soy alérgica al yeso de las máscaras.

—Hoy van a regalar otro montón de caretas—le contestó otro de sus hermanos—. El señor Wormmonee lo hará en persona, en el mercado.

—¡Para ser un millonario, tiene un corazón de oro! ¡Me gusta que haga esos regalos!

Ese último comentario lo dijo su amiga Eresa, a la que reconoció por su pelo azul.

—Estoy ayudando a tus hermanos, y quería hablar contigo... —Eresa se quitó la máscara de pez—. Creo que deberíamos... mira, a lo mejor es bueno que nos separemos...

—¿Ya no quieres ser mi amiga? —chilló Claudy.

—¡En el colegio algunos ya me miran mal! Ya no eres solo la dentuda, también te llaman la "sin cara". Lo dice hasta Eric. Y quiero salir con él.

Claud y subió las escaleras y se encerró en su cuarto. Gritó al ver máscaras pegadas por las paredes, en la cama, en el armario, en la ventana...

—¡Han entrado en mi habitación!

Se pasó casi una hora arrancándolas, eran muchas y por todos los lados, también debajo de la cama. Se tumbó en el suelo, sudando por el esfuerzo, y con los ojos a punto de estallar en lágrimas.

—No lo soporto, no lo puedo soportar...

*¡No te rindas, lo has hecho muy bien!*

Claudy se levantó enseguida: reconocía esa voz surgida de la nada.

—¿Eres... Ourmat?

*¡Sí! Me recuerdas, ¡fantástico! ¡Ay!*

—¿Te pasa algo?

*No es nada, es que me pica la cara. Escucha, no estás sola, existen dos personas que también me escucharon. Les he dicho que vayan al molino albino en una hora. ¿Tienes un cuadro de transporte?*

—Sí, tengo uno en mi habitación.

*Perfecto. Escribe en la pintura "Xaxlkhjuo Nime", llegarás a una casa en ruinas, y cerca hay un cuadro de un paisaje, ahí escribe "molino albino". Es más seguro, ¡suerte!*

La voz desapareció. Sin perder un instante, cogió una pluma con tinta y escribió las primeras palabras. Cruzó su cuadro y llegó a las ruinas de una casa de dos pisos. Encontró la pintura que Ourmat le había dicho en el suelo. Claudy lo colgó en un trozo de pared y escribió "molino albino": el cuadro creció y Claudy atravesó la pintura.

Apareció en el interior de un molino de viento blanco. A su espalda, vio otro cuadro de transporte que disminuyó de tamaño, y las palabras que tenía escritas desaparecieron. Salió de allí: estaba en las afueras de la ciudad, donde solo había cultivos, campos de flores y molinos de viento, cada uno en un color distinto. Claudy sonrió después de tanto tiempo, acariciando las plantas, las flores, y dejando que el viento peinase su pelo negro. Empezó a dar saltos, y entonces, chocó contra algo.

Era un chico delgado de su edad. Con el golpe, se le cayó una pelota que tenía en la boca, además de un sombrero hecho con plumas.

—Lo siento, perdona, yo... —empezó a decir Claudy.

—No pasa nada, tranquila, tengo más —el chico buscó en sus ropas negras y sacó otra pelota—. Me llamo Dronte. ¿Quieres otra?

—¿Cómo dices?

—Que si quieres morder una pelota —explicó Dronte—. A nadie le gusta, pero a mí me encanta morder cosas.

—Ah... qué bien —dijo Claudy con una sonrisa falsa—. Por cierto, toma tu sombrero.

Claudy se agachó y se lo devolvió.

—Ey, tú eras la que faltaba, ¿no? Ven, tienes que conocer a Alex.

Dronte echó a andar hacia el molino blanco, y Claudy fue tras él. En la entrada, Claudy vio a una chica con vestido gris que les hacía señas.

—¿Os habló Ourmat? —le preguntó cuando los tres estuvieron dentro del molino.

La chica se arregló el pelo rubio y se limpió el cuello con un pañuelo mientras Dronte descolgaba el cuadro de la pared.

—No, eh... no. Me llamo Alex. Te fuiste del molino muy deprisa. ¿Cómo te llamas?

—Claudy.

—Eres de otro colegio de la ciudad, si no te habría reconocido. Encantada —Alex se puso un guante antes de darle la mano a Claudy—. Vaya, estás sucia.

—¿Sucia? —repitió Claudy.

Alex se quitó el guante, lo olió, y lo tiró al suelo asqueada.

—Sí, y con esos dientes, te pareces a una rata.

Claudy no supo qué contestar. De hecho, ninguno habló durante varios segundos, solo se oyó el movimiento de las aspas del molino.

—¿Y ahora qué hacemos? —dijo Alex tapándose la boca con ambas manos—. Esa voz nos dijo que nos viéramos aquí, pero nada más. Y Dronte, por favor, deja de meterte esa guarrada en la boca.

—Alex, que está limpia, no pasa nada —respondió Dronte.

—¿Y el tenedor de ayer qué?

—Déjalo. Ourmat quiere que acabemos con las máscaras —dijo Dronte—. Pero no sé cómo hacerlo.

—¿Nosotros tres? Prefiero irme al país vecino. ¿Qué opinas tú, rata?

—¡No me llames rata! —chilló Claudy.

—Pues lávate.

Giménez, J.C. "El corazón de oro." JACLR: Journal of Artistic Creation and Literary Research 2.1 (2014): pages  
 <<https://www.ucm.es/siim/journal-of-artistic-creation-and-literary-research>>  
 ©Universidad Complutense de Madrid, Spain

—Yo creo que tenemos que hacerlo —insistió Dronte—. Lo más seguro es que Ourmat nos diga qué hacer.

—Yo... bueno, estoy de acuerdo, pero es peligroso —dijo Claudy—. Y no sabemos qué hacer.

—Bueno, por si acaso, mirad —Dronte abrió un saco y les dio dos máscaras de mono—. Son falsas, así nos dejarán en paz, yo tengo una igual. Y a partir de ahora, descolgad vuestros cuadros de transporte si no los usáis, es más seguro. Los colgaremos en una pared una vez al mediodía, para vernos aquí, si Ourmat nos vuelve a hablar.

La espera, sin embargo, fue corta. Los tres le oyeron a la vez en sus cabezas.

*Soy Ourmat. Ya os conocéis, bien. Sé cómo hacerlo, tenéis que entrar en la fábrica de las máscaras, y robar algo muy valioso que les da su poder...*

Los tres se miraron entre sí.

—¿Robar? Pero, eso no me parece... —empezó a decir Claudy.

—Pues yo me niego —dijo Alex—. No soy una criminal, y no me meteré en un sitio lleno de yeso.

—¿Tú también tienes alergia al yeso? —preguntó Claudy.

—Claro, por eso desde un principio nunca me puse esas máscaras, que además, estarán llenas de bichos y suciedad.

*Sé que os estoy pidiendo algo terrible... está mal robar. Pero es la única solución.*

—Yo lo haré —dijo Dronte—. Mi padre es un gran mago, y por culpa de esas máscaras se ha vuelto idiota.

—Pues yo no quiero —insistió Alex.

—Claudy, ¿qué vas a hacer?

Claudy se fijó en los ojos de Dronte por primera vez. Eran de color azul.

—Sí estás seguro, te ayudaré.

Alex tuvo que rendirse a la evidencia.

### Capítulo III – En cuatro horas

Los días siguientes fueron intensos para Claudy.

El objetivo era la fábrica: estaba vigilada constantemente por soldados con caretas de perros. Según Ourmat, necesitaban un mapa y las llaves maestras de la fábrica, no había otro modo de entrar. También les contó que ambos objetos los consiguió él mismo, que solo tenían que ir a recogerlos a unos escondites.

El plano del edificio estaba en una biblioteca: al parecer, Ourmat solía ir mucho, y dejó allí un mapa hecho por él mismo. Dronte lo encontró en un libro que Ourmat tomó prestado, mientras Alex se quejaba del polvo que había. Por desgracia, al salir de la biblioteca, Claudy tropezó sin querer con un vendedor de máscaras y llamó la atención, pero por suerte no pasó nada.

Lo difícil llegó con las llaves. Ourmat no explicó cómo las consiguió, pero ahora debían recuperarlas: las escondió en un edificio abandonado, pero poco después se convirtió en el nuevo club privado de los ricos, dirigido por el señor Brum, el seguidor más fiel de Wormmoney.

*Tenemos mala suerte, pensó Claudy cuando se enteraron.*

La seguridad del club era fuerte, no había cuadros de transporte en el interior, y durante varios días no pudieron hacer gran cosa. Además, a Claudy la descubrió un soldado, y poco faltó para que diese la alarma, si no hubiera sido por una zancadilla de Dronte.

Días después se reunieron en el molino albino, como de costumbre, para decidir cómo recuperar las llaves.

—Mañana por la noche entraremos en la fábrica, hoy iremos al club, ya sé cómo —anunció Dronte—. Mi padre tenía ropas de rico en el ayuntamiento, nos haremos pasar por gente importante y entraremos a por las llaves.

—Pero a ese club no se puede ir andando. ¿De dónde vamos a sacar animales? Y yo no los tocaré, son sucios y asquerosos —dijo Alex.

—Oye, es verdad. En la ciudad ya casi no quedan, no había pensado en eso... como no nos convirtamos nosotros en bestias...

A Claudy se le ocurrió una solución.

—Caballos.

—¿Qué? —preguntó Dronte.

—Mi madre tie... tenía una tienda de caballos. Ha vendido muchos para conseguir máscaras, pero aún tengo cuatro —explicó Claudy.

—¡Estupendo! ¿Por qué no lo dijiste? En una hora iremos al club nuevo con los caballos —dijo Dronte a la vez que se metió algo en la boca.

—¿Qué masticas ahora? —preguntó Claudy.

—Un pequeño juguete, ¿quieres?

—No... ayer fue una piedra, ¿verdad?

—Ey, eres muy seria —dijo Dronte sonriente, echándose para atrás su sombrero de plumas—. Alex, ¿nos ayudas con los caballos?

—Yo no quiero ni verlos —dijo Alex.

—Pues ve a mi casa y coge las ropas de rico —dijo Dronte.

—Vale, os esperaré en la puerta del club —respondió Alex—. La rata estará acostumbrada a los caballos, pero yo no.

—¡No me digas rata! —gritó Claudy.

—Y además inútil. Dronte, no irá con nosotros, ¿verdad? —preguntó Alex.

Ese comentario le hizo más daño que lo de rata. Permaneció muda el resto de la reunión, y cuando fue a su casa con Dronte, tampoco dijo nada.

—Se nota que es día de mercado, apenas hay gente... ¿tu casa es esa? —señaló Dronte.

Claudy vio adónde señalaba y asintió con la cabeza. La casa y la tienda estaban vacías, fue fácil sacar a tres caballos y llevarlos al club nuevo, que era alargado y de madera dorada muy decorada.

Alex esperaba en la entrada, pero antes de que los viese, Dronte le cortó el paso a Claudy.

—¿Por qué estás callada? ¿Te pasa algo?

—Yo...

—Ey, no seas tan seria. Le gustas a Alex, solo dale tiempo, ¿vale? —dijo Dronte sonriente.

Claudy le devolvió la sonrisa, procurando que los dientes no destacasen mucho. En ese momento Claudy se acordó de una cosa.

—Dronte, he traído mi cuadro, para salir rápidamente. En el club no hay cuadros, y quizá sea útil —dijo Claudy.

—Gracias, pero no hará falta, guárdalo.

Los tres se acercaron a la puerta con sus máscaras falsas, su ropa elegante, y cada uno en su caballo. Costó trabajo que Alex se subiera al suyo.

—Sabías que tenías que hacerlo, no montes un espectáculo —avisó Dronte.

—Yo creía que... ¡No puedes obligarme! Quieres que me ponga enferma y me muera, ¿verdad?

—¡Alex! —gritó Dronte.

—¿Quieres un pañuelo? Puedes ponerlo en la montura —dijo Claudy.

Al final, Alex se montó, y la careta ocultó la cara de asco que puso. Superado ese problema, Dronte habló con los vigilantes del club: en ese tiempo Claudy miró al interior por una ventana: jamás vio tanto lujo, muebles, joyas y mármol junto, ni a gente tan rica y poderosa. Al rato los condujeron al establo del club, donde había muchos animales. El soldado que los acompañó reía tontamente.

—Gracias por venir. Pero creo que sois nuevos, ¿verdad? Os llevaré junto al señor Brum y os podréis unir a la fiesta.

—Claudy, alguien debe vigilar los caballos, volveremos enseguida. Es nuestra criada —dijo Alex de pronto.

—¿Qué? Yo quiero...

Alex siguió al soldado, pero Dronte se quedó atrás.

—Esa Alex... lo siento Claudy, no es bueno que el soldado nos vea discutir. Tranquila, Ourmat me dijo dónde enterró las llaves, será rápido.

Claudy no tuvo más remedio que sentarse en el suelo, cerca de los caballos, y esperarles. Los minutos pasaron muy despacio, y vio cómo el sol se ocultaba en el horizonte a través de una ventana. De repente, oyó unos ruidos metálicos.

Y un grito.

Al principio Claudy no le dio importancia, incluso pensó que era un animal. Hasta que escuchó un segundo grito. Se levantó y miró inquieta la puerta de salida, pensando qué hacer. Por instinto se alejó, pero... se dio la vuelta.

Giménez, J.C. "El corazón de oro." JACLR: Journal of Artistic Creation and Literary Research 2.1 (2014): pages  
 <<https://www.ucm.es/siim/journal-of-artistic-creation-and-literary-research>>  
 ©Universidad Complutense de Madrid, Spain

Las manos le templaban cuando abrió la puerta siguiente. Era un almacén, con filas interminables de barriles que le dieron la bienvenida, cada uno con el dibujo de un fuego.

*¡Son explosivos! ¿Por qué guardan esto aquí? Bueno, búscalas a ellos primero,* pensó Claudy.

Los encontró enseguida: estaban tirados en el suelo, inconscientes, y rodeados por cinco soldados. Claudy sacó su cuadro, lo dejó en el suelo, y se acercó más.

—¿Los encerramos en la cárcel? —preguntó uno—. Le han pegado al señor Brum. Y mirad esas llaves, son bonitas.

—Podemos deshacernos de ellos, y quedarnos con sus máscaras... —dijo otro.

Claudy apretó los dientes con el corazón acelerado. Su mente se quedó en blanco.

*¿Qué hago? ¿Qué hago? ¿Cómo les puedo salvar?*, pensó Claudy.

Los soldados alzaron sus espadas. Presa del pánico, Claudy gritó todo lo fuerte que pudo.

—¿Quién ha sido? ¡Ríndete! —ordenó uno de los soldados.

Los militares pronto la rodearon, no había dónde esconderse.

—Ven con nosotros, niña estúpida.

Claudy no podía verles la cara debido a las máscaras de perros, pero se los imaginó sonriendo, sonrisas tan grandes como inquietantes. Desesperada, se agarró a uno de los barriles.

—¡Si me tocáis, tiró el barril y todo explotará!

Los soldados se detuvieron.

—No te atreverás.

Claudy inclinó el barril.

—Tus amigos también morirán.

El barril se acercó más al suelo.

—Espera, no sabes lo que haces.

—Quiero que os atéis entre vosotros, con unas cuerdas —ordenó Claudy.

Mantuvo el barril en suspenso, sin embargo, los soldados se cruzaron de brazos.

—Hazlo. Somos militares, la muerte es amiga nuestra. Vamos, hazlo ya.

Claudy no sabía cómo ganar la partida. Si tardaba mucho, se darían cuenta y la capturarían. Por otro lado, nunca fue su intención destruir el club...

Ni ella ni los soldados dejaron de mirarse. Claudy se olvidó de todo y les lanzó el barril.

Gracias a sus reflejos, los soldados cogieron el barril. Claudy, sin pensárselo, les dio una patada: el barril cayó al suelo.

—¡Va a explotar, corred! —gritó un soldado.

Era cuestión de segundos. Claudy puso su cuadro en una pared, escribió "molino albino", lanzó a sus amigos, y después ella saltó a la pintura con las llaves en la mano...

Claudy abrió los ojos. Le dolía el cuerpo entero, toda una sorpresa, porque significaba que seguía con vida. Estaba en el molino blanco.

Alex y Dronte la sujetaban.

—¡Está bien! ¿Te has roto algo? —preguntó Dronte.

—Creo que no... ¿y vosotros?

—Llenos de tierra, así que me tendré que lavar —respondió Alex.

—Venga Alex —dijo Dronte.

—Dronte está bien, es muy fuerte.

—Eso no, lo otro.

—Yo... gracias. Estamos vivos gracias a ti —dijo Alex.

—No hay de qué —contestó Claudy—. ¿Qué pasó?

Dronte la ayudó a levantarse mientras enseñaba las llaves maestras.

—Volví a la ciudad. Por lo que sé, se ha quemado el club nuevo, pero nadie ha muerto, ni siquiera los animales. Es más, se escaparon.

—Qué alivio —dijo Claudy—. ¿Por qué os atacaron?

—El señor Brum se dio cuenta de la mentira —reconoció Dronte—. Le tiré una estantería encima y fuimos a por las llaves, estaban debajo de una losa. Pero cuando volvíamos al establo, los soldados aparecieron.

—Menos mal que Claudy se quedó atrás —dijo Alex.

—Ey chicas, para olvidarnos de estas emociones, deberíamos descansar —propuso Dronte—. Pero sin usar el cuadro del molino, me apetece dar una vuelta.

—Por nosotras bien —dijo Claudy—. Pero dame las llaves, no sea que te dé por morderlas.

Primero fueron hacia la casa de Claudy, que estaba más cerca. Entre bromas y risas atravesaron el mercado, que rodeaba el ayuntamiento de los magos: era de tres pisos y pintado en diferentes tonos de azul. Claudy estuvo relajada y contenta, y no se molestó por la presencia de tantas máscaras, de gente riendo como idiotas, y ni siquiera cuando vio a su familia.

Claudy se fijó en un mago de túnica azul que se dirigió a las multitudes en voz alta, aumentada gracias a su vara mágica. Volaba sobre una alfombra mágica con timón, y tenía puesta una careta de búho negro.

—Anuncio importante, todos los ciudadanos de la gran ciudad de Mounz deben reunirse en el mansión del señor Wormmoney, en hora y media. Repito, en hora y media. El señor Wormmoney desea daros una gran sorpresa.

Inmediatamente todos obedecieron, excepto ellos tres, que se metieron en las calles de la ciudad.

—¿Qué querrá ese tipo? —preguntó Alex.

—Será alguna máscara nueva —dijo Dronte jugando con su sombrero.

—Me daré un buen baño, ahora que sé que mi familia tardará en volver —dijo Alex.

Claudy, en cambio, perdió la alegría, aunque no sabía por qué.

#### Capítulo IV – Ha pasado un día

La intuición de Claudy fue acertada: su familia no regresó al día siguiente.

En realidad, nadie volvió. La ciudad se convirtió en un sitio fantasma, salvo por algunos soldados que empezaron a patrullar las calles desiertas.

Claudy se reunió con Dronte y Alex en el molino albino, y les contaron lo mismo, que sus familias no habían vuelto.

—Estoy preocupada —dijo Alex—. Prefiero buscarles, en vez de ir a esa fábrica.

—No podemos dar marcha atrás —respondió Dronte—. Ey chicas, alegraros, si lo hacemos estarán bien.

Claudy y Alex sonrieron a la vez. Fueron a la fábrica aprovechando la oscuridad de la noche, allí encontraron soldados en la entrada, más de lo normal.

—Es una pena que tampoco haya cuadros en la fábrica. A ver, según el mapa... hay una entrada secreta en el lado norte —dijo Dronte.

En el punto indicado, empujaron con las llaves y una de las paredes retrocedió, dejando a la vista un túnel de madera. Lo recorrieron en poco más de un minuto, con una pequeña antorcha que Dronte improvisó.

La fábrica era más grande por dentro de lo que parecía. Cientos de tubos expulsaban yeso que caía en mesas alargadas, de ahí iban al interior de grandes cuadrados de metal, luego al interior de una pequeña torre, y salían ya como máscaras. Claudy se fijó que no había trabajadores, solo soldados y animales para cargar las máscaras, como caballos o burros.

—Pobres animales... —murmuró Claudy—. Me gustaría liberarlos.

—A mí también, pero no podemos, hay demasiados soldados —dijo Dronte.

—¡Qué asco! ¡Con razón hice bien en no ponerme esas cosas en la cara! —dijo Alex.

—Vale, según el mapa, tenemos que usar las llaves maestras para entrar en esa torre. Ahí debe estar lo que tenemos que robar —explicó Dronte.

Avanzaron hacia la torre, muy despacio. Luego abrieron la puerta con las llaves, procurando que los soldados no les viesan. Dentro encontraron una escalera de caracol, y subieron.

El piso de arriba estaba lleno de agua, donde flotaban los trozos de yeso, que poco a poco se convertían en las máscaras mágicas. En el centro vio una fuente de agua muy pequeña, con una cerradura.

—Las llaves abrirán esa fuente —dijo Dronte.

—Pues abre deprisa, no quiero tocar el yeso, soy alérgica... —dijo Alex.

Pero antes de que pudiera abrir la fuente, del agua surgió un cangrejo gigantesco y monstruoso, pues tenía pelo, veinte ojos, y cuatro pinzas. Agarró a Dronte con una de las pinzas.

—¡Dronte! —gritó Claudy.

—¡No os preocupéis, coged las...!

El cangrejo apretó la pinza, y Dronte gritó. Después escupió fuego contra Alex, y Claudy se lanzó para salvarla del fuego.

—¡Bicho asqueroso! ¡Hay que acabar con él!

—¡No quiero matarlo! ¡Y tampoco podemos! —chilló Claudy.

Las dos se agacharon cuando el cangrejo intentó embestirlas. Chocó contra la pared, que agrietó, y volvió hacia ellas. En ese momento, Alex se pegó a la pared contraria y llamó la atención del monstruo.

—¿Qué haces? ¡Es peligroso!

—Voy a hacer que atraviese una pared, y salga de la torre.

—¡Pero Dronte también caerá! —gritó Claudy.

El cangrejo se lanzó con todas sus fuerzas, y se dio contra la pared, que por suerte no llegó a romper. Alex se reunió con ella, muy enfadada.

—¿Y qué hacemos entonces?

Claudy lo pensó unos segundos. En ese tiempo, tuvieron que esquivar una llamarada de fuego, ocultándose tras la fuente. Claudy se dio cuenta de que la fuente estaba hecha de un material extraño, eso le dio una idea.

—Hagamos que choque contra la fuente, a ver qué pasa.

Volvieron a hacerse notar, el cangrejo corrió sin pensárselo... y se rompió varias patas y una pinza con el impacto. Soltó a Dronte, y Claudy le ayudó a alejarse. También le devolvió su sombrero.

—¿Estás bien? ¿Puedes andar? —preguntó Claudy.

—Creo que sí... esa bestia se ha hecho daño de verdad —dijo Dronte.

—Me fije que la fuente era... no sé cómo decirlo...

—Yo sí —dijo Dronte—. Está hecha con acero mágico, muy resistente, lo sé por mi padre. Por eso necesitamos las llaves, ni mil bombas podrían romperla.

Dronte metió las llaves y abrió la fuente. El agua salía de un tarro de cristal que no tenía nada dentro, excepto un humo muy denso. Cuando quitó el tarro, dejó de caer agua por el borde de la tapa. También notó una vibración extraña, como si el tarro temblase suavemente.

—¿Qué es esto? No lo entiendo... —dijo Alex.

Empezaron a oír unos gritos fuera de la torre.

—Creo que nos han oído. Bajemos —les dijo Dronte.

Fuera de la torre, los soldados se agrupaban. Los tres corrieron hacia el fondo de la fábrica.

—Según el mapa, debería haber otra entrada secreta —explicó Dronte.

Empujaron una pared y escaparon por otro túnel secreto, dejándolo todo como estaba para que los soldados no les persiguieran. Poco después, se alejaron de la fábrica y se escondieron en el molino albino.

—¡Ya está! Y ahora, ¿qué? —preguntó Alex—. Estoy empapada por culpa de esa especie de tarro.

—Supongo que tenemos que destruirlo —dijo Dronte—. Romperlo y ya está.

Oyeron una voz que no necesitaba presentación.

*Si lo haces, Mounz será destruido.*

—Ourmat... —dijo Claudy—. ¿Qué quieres decir?

*Hay que abrir el tarro en el cielo, ahí arriba... el poder de las máscaras desaparecerá entonces.*

—¿Arriba? ¿Literalmente? ¿Por qué así? —preguntó Claudy.

*Yo... un momento, me pica la cara. Ya está. Sí, yo... me da vergüenza decirlo.*

—¿Vergüenza? —gritó Alex—. ¿Qué estás ocultando?

—¿Y cómo vamos a volar? —preguntó Claudy de nuevo—. Si tuviéramos un mago todavía, pero...

Claudy miró a Dronte.

—Ey, mi padre es mago, yo no.

*Escuchad, os lo contaré todo a su tiempo, pero ahora terminad el trabajo. Wormmoney buscará su tarro sin descanso. Veréis, el agua que sale del tarro sirve para mucho. Si lo acariciáis con cariño, lo entenderéis.*

Claudy hizo lo que pidió y acarició suavemente el tarro: del borde salió agua, pero en bolas que flotaban en el aire. Y cuando una de las bolas de agua tocó una silla, y la silla también flotó en el aire, perdiéndose a través de una de las ventanas del molino, los tres sonrieron.

*Recordad que cuando hagáis lo que os pido, la habilidad de flotar también desaparecerá... si no queréis daros un tortazo, tomad precauciones. ¡Daos prisa!*

Y la voz de Ourmat desapareció.

—Chicas, no os preocupéis, tengo una idea —dijo Dronte—. Algo que me contó mi padre una vez.

#### Capítulo V – Han pasado dos días

Los tres decidieron quedarse a dormir en el molino blanco. Si los iban a buscar para recuperar el tarro de cristal, no existía lugar más seguro.

Gracias a los cultivos tenían comida de sobra, aunque Alex lo tocaba siempre con guantes puestos. Claudy ayudó a Dronte a conseguir varias telas en la ciudad, además de otros materiales: la idea era construir un globo pequeño para cada uno, que debía servir para bajar con cuidado, pues el poder del agua desaparecería.

Estuvo todo preparado a la hora de cenar, cuando el sol ya se ponía por el horizonte. Mientras cenaban uvas, Alex tocó el hombro de Claudy.

—¿Puedes venir conmigo un segundo? ¿Sola?

—Pero, ¿qué más da que Dronte...?

—Ey, no pasa nada —dijo Dronte—. Será cosas de chicas. Yo me quedaré para morder este botón.

—Qué idiota eres... —dijo Claudy sonriendo.

Las dos se alejaron con la risa de Dronte de fondo. Alex se detuvo frente a un molino de viento rojo y se quitó los guantes.

—¿Te gusta Dronte?

Claudy quedó sorprendida por una pregunta tan directa.

—Yo, pues...

—No me engañes, lo sé, se te nota. ¿Por qué no se lo has dicho todavía?

—Alex, no es lo que piensas. En realidad, apenas le conozco. Y mis dientes...

—A él le da igual tus dientes, ¿sabes? Yo al principio me metía contigo porque...

Claudy abrió los ojos de par en par.

—¿A ti te gusta? Pero si...

—No es eso —dijo Alex—. Es muy sucio, se mete cualquier cosa a la boca, y encima suele hacer ejercicio, es asqueroso cuando está sudando... pero...

Claudy tragó saliva muy tiesa.

—¿Quieres que... no me meta?

—No, es que... te veo tan enamorada... y tú eres mi amiga, si quieres, seré yo la que se aparte.

—Pero, tú sufrirás entonces.

—No te preocupes, en realidad no me gusta.

Alex se apoyó contra el molino rojo, y lo tocó con las manos a pesar de no llevar guantes. Claudy no sabía qué decir.

*Eresa nunca hubiera pensado en este sacrificio*, pensó Claudy.

—¿Y qué opina Dronte? ¿Le has...?

—Yo tampoco le he dicho nada —admitió Alex—. No sé cuál le gusta más, o si le gusta otra. Tan solo sé que no tiene novia.

—En ese caso, bastará con...

Un ruido extraño interrumpió a Claudy. Contempló una larga fila de militares que iban desde un molino amarillo hasta el molino albino. Dronte estaba rodeado.

—¡Chicas, huid! ¡C...!

Le golpearon la cabeza y perdió el conocimiento. Claudy no pudo reaccionar, de todos los molinos salieron otros soldados, incluido desde el molino rojo. Un soldado con careta de perro furioso la golpeó en la cabeza.

Claudy se despertó en una celda oscura, con varios montones de huesos. Estaba sujeta por cadenas a una pared, y a su derecha estaba Alex, en la misma situación.

—¿Cómo nos han descubierto? ¿Cómo? —decía Alex para sí misma.

—Alex, ¿dónde estamos?

—¡Claudy, esto está muy sucio! —gritó Alex llorando—. ¡Hay porquería y ratas por todas partes, me da a dar alguna infección! ¡Voy a pillar la peste, la sífilis o algo así!

—¡Cálmate! ¡Te lavarás después!

—¡No, yo quiero ahora!

—¡No llores más! ¿Y el tarro? ¿Y Dronte? ¿Dónde estamos?

—En las mazmorras del señor Wormmoney —dijo una voz.

Giménez, J.C. "El corazón de oro." JACLR: Journal of Artistic Creation and Literary Research 2.1 (2014): pages  
 <<https://www.ucm.es/siim/journal-of-artistic-creation-and-literary-research>>  
 ©Universidad Complutense de Madrid, Spain

Era un hombre gordo, vestido de forma muy elegante, y con una máscara de esqueleto. Al quitársela, Alex le reconoció enseguida.

—¡Eres el señor Brum!

—Exacto. Por fin me vengare de lo que me hicisteis en el club nuevo.

Con un chasquido de dedos, la puerta de la celda se abrió y entró un carcelero, que le dio a Brum dos máscaras.

—¡No me pondré esa guarrada! —chilló Alex.

—Tranquilas, nos hemos informado. Las caretas no son de yeso, si no de madera... hechas para vosotras dos.

—El tarro... —murmuró Claudy.

—Sí, lo hemos recuperado. Vuestro amiguito lo sabe muy bien.

Claudy dejó de respirar.

—Si tocas a Dronte...

—Demasiado tarde, ese niño ha recibido su merecido. Igual que Ourmat.

Por fin, Alex dejó de llorar.

—¿Ourmat? —preguntó Alex.

—¿Cómo pensáis que os descubrimos? Como veis, estáis solas...

Claudy sintió una lágrima recorrer su mejilla, y no porque Brum se dirigiese a ella con una careta de gata. No paraba de pensar en Ourmat... y sobretodo en Dronte.

¿Qué le habrán hecho? ¿Y si le han puesto una máscara?, pensó Claudy.

Intentó resistirse cuando Brum le colocó la careta, pero el millonario gordo era más fuerte que ella, y pronto empezó a sentirse... más feliz.

Se quedó con la máscara mientras el señor Brum repetía el proceso con Alex. Unos minutos más tarde, Claudy y Alex reían, y se sentían mejor que nunca.

—Recordad, le debéis vuestra felicidad al señor Wormmoney. Venid conmigo, vamos a verle.

## Capítulo VI – Han pasado dos días y medio

Caminaron fuera de la celda torpemente, riendo sin motivo alguno. Claudy incluso dio un salto por los pasillos.

—¡Qué bien me siento! No entiendo porque hemos luchado contra Wormmoney...

—¡Eh, no te alejes! —protestó Alex.

Las dos caminaron juntas mientras jugaban.

—Yo te haré una pregunta y no puedes decir "sí" o "no". ¿Tu pelo es rubio? —preguntó Claudy.

—Sí.

—¡Has perdido!

—¡Qué bien! ¡Ahora yo! ¿Naciste con esos dientes? —preguntó Alex.

—No.

—¡Has perdido!

—¡Qué chuli! Todo me parece tan chuli... —dijo Claudy.

Y el juego se repetía una y otra vez. Entretanto, el señor Brum reía y se acariciaba la panza.

—Muy bien niñas, así me gusta, como debe ser... todos iguales. Mirad, esas escaleras nos llevarán a la mansión —anunció Brum.

A su lado, el club no era nada. La mansión era colosal, de salas tan grandes como varias casas juntas, y era de oro, mármol y piedras preciosas, no solo las paredes, también los muebles o las lámparas colgantes.

Llegaron a un pasillo lleno de espejos, y al fondo, una puerta dorada vigilada por dos soldados.

—Niñas, esperad aquí, tengo que anunciaros al señor Wormmoney. Vosotros dos, seguidme —ordenó Brum.

—¿Las dejamos solas? —preguntó un soldado.

—Ya son como nosotros, no hay peligro.

Cuando estuvieron solas, Claudy se miró en los espejos. Y al verse con la máscara puesta, recordó algo de la primera vez que se puso una.

—Me pica la nariz... es de yeso, soy alérgica al yeso... no, es de madera, esta es de madera... no... no... no me gustan las máscaras...

Poco a poco, recordó todo lo que había vivido en poco más de un mes.

Giménez, J.C. "El corazón de oro." JACLR: Journal of Artistic Creation and Literary Research 2.1 (2014): pages  
 <<https://www.ucm.es/siim/journal-of-artistic-creation-and-literary-research>>  
 ©Universidad Complutense de Madrid, Spain

—Todos idiotas, con sus máscaras... es malo... lucho contra eso... no, no quiero...

Se la quitó bruscamente, y empezó a sentirse mal.

—No quiero ponérmela, seré como los demás... como los demás... odio las máscaras, odio esta moda que idiotiza a todo el mundo... ¿eh? Un momento, ¿qué ha pasado? —preguntó Claudy—. ¡Ya me acuerdo! ¡Soy libre!

Sin perder un instante, corrió hacia Alex y le quitó la máscara de madera. No tardó en quejarse.

—¡Devuélvemela!

—¡Es sucia, está llena de porquería y bichos! ¿Te quieres poner eso?

—¿Qué? No... no quiero ensuciarme... no, odio las máscaras, son de yeso sucio... todos se burlan de mí, nadie es puro como yo... yo... ¿Claudy?

—Lo has conseguido, Alex. Tú solita...

Las dos amigas se sentaron en el suelo, agotadas por el esfuerzo que tuvieron que hacer.

—Yo pensaba que nadie podía cambiar si una vez... —dijo Alex.

—Tengo una teoría —dijo Claudy—. Recuerda que las máscaras siempre, siempre, eran de yeso. Acuérdate de cuando fuimos a la fábrica. Como somos alérgicas al yeso, evitamos la moda desde el principio, y ahora nos hicieron unas caretas en otro material, para engancharnos también... pero creo que las máscaras solo son invencibles cuando son de yeso.

—Entiendo... me alegro muchísimo de ser alérgica al yeso —aseguró Alex.

—Pero no nos quites mérito... nosotras hemos luchado por ser libres. Sí, hemos luchado... —repitió Claudy—. Levántate, tenemos que volver a las mazmorras de la mansión, antes de que vuelvan.

—¿Allá abajo? ¿Con toda la roña que hay? No quiero.

—Tenemos que buscar a Ourmat y a Dronte, y recuperar el tarro de cristal —dijo Claudy—. Alex, si eres capaz de evitar las máscaras mágicas, también puedes soportar un poco de suciedad.

Las palabras de Claudy convencieron a Alex rápidamente. Las dos estaban agotadas, les costaba incluso andar, pero lograron bajar a las mazmorras y en silencio, sin ser descubiertas por algún soldado.

Se pusieron a buscarles de inmediato, ojeando el interior de las celdas, sin embargo, todas estaban vacías.

—No lo entiendo, ¿no tienen más prisioneros? Alex, vamos a... ¡Alex! —gritó Claudy.

Alex estaba en el suelo, respirando como si le diese un ataque.

—Vete Claudy, no puedo más, estoy cansada...

—Alex, yo también estoy cansada, te necesito.

Oyeron unos ruidos extraños en ese momento.

—Claudy, no tengo fuerzas para correr...

—Ponte detrás de mí —dijo Claudy.

Los segundos pasaron y nadie fue a por ellas. Cuando se repitieron los ruidos, se dieron cuenta de que venía de una celda.

—Ven, apóyate en mí... vamos a abrirla... —dijo Claudy.

Claudy necesitó pegarse a la pared para andar y cargar con Alex. Al abrir la celda, se tapó la boca para no gritar.

Eran monstruos, un cruce entre animal y humano, o sencillamente masas de babas. Todos llevaban máscaras, y se comportaban como si fuesen bebés. El terror de Claudy llegó a un punto alto cuando reconoció a uno de los monstruos.

—¿Mamá? ¿Eres tú?

Su madre conservaba su cabeza tal cual era, pero el resto de su cuerpo era el de un caballo gordo. Se movía de un lado a otro, era tan grande que no podía andar, y además, le faltaban los brazos.

—Pero qué... ¿en qué te has convertido? —preguntó Claudy.

—Estas personas abusaron de sus caretas, era lógico.

Claudy reconoció la voz.

—¡Ourmat! ¿Dónde estás?

—Aquí, al fondo de la celda.

Claudy siguió la voz alejándose de los monstruos. Fue cuando vio un cuerpo humano de espaldas, y sin cabeza.

—No os asustéis, soy Ourmat.

Al darse la vuelta, vio que la cara estaba en el torso: grandes ojos en los pectorales, una nariz enorme en el medio, y en el abdomen una boca inmensa. Además tenía barba, que tapaba su entrepierna, pues Ourmat estaba desnudo.

—¿Eres la voz que nos decía palabras? —preguntó Alex.

—Pues sí, aquí estoy... —dijo Ourmat mientras se rascaba "la cara" —. Perdonad, pero siempre me pica la cara.

—¿Qué te pasó? —le preguntó Claudy.

Ourmat dio un largo suspiro.

—Yo, Ourmat Pof, era el mayordomo del señor Wormmoney.

—¿El mayordomo? —preguntaron Claudy y Alex a la vez.

—Sí, le servía desde que él era adolescente, heredó la fortuna familiar a esa edad, su padre murió asesinado en el país vecino. Un día, empezó a estudiar criaturas de magia negra, y luego contrató a un mago para volar entre las nubes, y yo le acompañe... nos cruzamos con unas nubes extrañas, que se movían en contra del viento, como si...

Ourmat tuvo que parar para toser.

—¡No me escupas! —chilló Alex.

—Perdóname. Como decía, entre esas nubes, me ordenó abrir un tarro de cristal y mantenerlo abierto mientras volábamos por dentro de esas nubes... así fue como consiguió el humo de ese tarro.

—Tú lo sacaste del cielo... —dijo Claudy.

—Sí... con el agua de ese trozo de nube, se podían hacer muchas cosas. Pero yo descubrí que si se trataba mal al tarro, el agua salía a borbotones, y tenía un efecto... excesivamente placentero. Tuvo la idea de las máscaras, y las probó conmigo antes de ponerlas a la venta... por eso me he convertido en esto —Ourmat se señaló a sí mismo—. Cuando me enteré de sus verdaderas intenciones, escapé de la mansión, robé las llaves maestras de la fábrica, las escondí en el mejor sitio que se me ocurrió, e intenté pedir ayuda... pero solo me escuchasteis vosotros.

—¿Sus verdaderas intenciones? —preguntó Claudy.

—Como sabréis, hace unos dos días aproximadamente, se convocó a todo el mundo en esta mansión... Wormmoney les ordenó invadir el país vecino y conquistarlo.

—¿Les ha llevado a una guerra? —preguntó Alex.

—Sí, una guerra, contra el país donde murió el padre de Wormmoney. Aún no ha muerto nadie, pero se acercan a la capital, seguro que pronto habrá una gran batalla.

—Guerra... ¿por una venganza?

—No Claudy, no es por eso. El país vecino es más rico que la tierra desértica de Mounz, y con bosques, cosa que Mounz no tiene. El padre intentó apropiarse de esa tierra por la fuerza, por eso acabaron con él. Y ahora, su hijo intenta lo mismo, conseguir dominar esa tierra tan rica. Si lo consigue, Wormmoney será el hombre más rico y poderoso del mundo.

Nadie dijo nada durante un tiempo. Claudy pensó que la cabeza le iba a estallar.

—¿Y esta gente...? —preguntó Alex.

—Personas que abusaron de las caretas y se transformaron como yo. Como no son útiles para la guerra, los han encerrado aquí.

—Maldito Wormmoney... Ourmat, tienes que ayudarnos —le dijo Claudy—. Hemos de recuperar el tarro.

—Antes os debo una disculpa. Hace unas horas me capturaron en mi escondite y les conté todo, lamento el daño que os he causado. Sé que han capturado a Dronte, pero ignoró qué le ha...

—¡No hay tiempo para eso! —gritó Claudy—. Si abrimos el tarro entre las nubes, todos volverán a la normalidad, ¿no?

—Exacto, estoy seguro —aseguró Ourmat—. El tarro debe estar en el patio de la mansión, seguidme.

—Espera, estamos un poco... débiles. No podemos correr —dijo Claudy.

Ourmat cargó con ambas a la espalda y corrió. En la mansión, se encontraron con varios soldados, y Ourmat los ignoraba.

Durante la huida, se cruzaron con un soldado musculoso. Ourmat esquivó la punta de su espada, y después Claudy le hizo caer con una patada, momento que aprovechó para quedarse con su espada.

*A lo mejor lo necesitamos*, pensó Claudy.

—¡Ourmat, coge esta espada! —chilló Claudy.

Con la espada, Ourmat derrotó con facilidad a los soldados que se pusieron por delante, procurando herirles tan solo, ya que a fin de cuentas también eran víctimas de las caretas.

Alcanzaron el patio, que era casi como un bosque particular. Ya era de día, pero el cielo estaba lleno de nubes negras. Los árboles les protegieron de las flechas de los soldados hasta alcanzar el centro: una pequeña casa con fuente de agua propia. Ourmat sacó de ahí el tarro con el trozo de nube.

—Ourmat, hemos construido una especie de globos pequeños. Lo escondimos en el molino blanco —explicó Claudy.

—Para bajar al suelo cuando el agua deje de hacer efecto, ¿no? Entonces busquemos un cuadro de... —Ourmat paró de hablar—. Está aquí, ha venido.

—¿Quién? —preguntó Alex.

—El señor Wormmoney —contestó Ourmat.

## Capítulo VII – FINAL

Wormmoney era un hombre joven, alto, con una cuidada perilla y vestido con un traje gris y una capa negra. En su bastón tenía una ballesta con flechas. A su espalda, Claudy vio al señor Brum, soldados, magos, y una persona de ropas negras que le era familiar, con una máscara de demonio rojo.

—Ourmat, amigo mío, eres predecible —dijo Wormmoney—. En esa casita no hallarás ningún lienzo de translación. Debes capitular.

—¿En qué idioma habla? —susurró Claudy.

—Quiere decir que nos rindamos —explicó Ourmat—. Pero nos subestima. Wormmoney, si crees que con tus esclavos vas a detenernos, es que eres ingenuo.

Los soldados les apuntaron con sus arcos, y los magos con sus varas mágicas.

—Retira tus palabras. No me repetiré —amenazó Wormmoney.

Con una gran velocidad, Ourmat entró en la casa, sin perder a Claudy ni a Alex. Dentro, las dejó en el suelo mientras bloqueaba la puerta.

—Claudy, saca el tarro... tenemos que ir al molino con otro medio.

Se dejaron tocar por las bolas de agua flotantes, y los tres salieron de la casa flotando, alejándose de la gran mansión. A Claudy le dio una de las flechas que dispararon, pero solo raspó su pierna derecha.

—Estoy bien, Alex —dijo Claudy.

—¿No te has hecho sangre? Como pilles una infección...

—Un poquito, pero no pasa nada. No pienses en eso ahora.

Sobrevolaron la ciudad más despacio de lo que imaginaba, aunque Claudy disfrutó mucho del viaje, era una perspectiva maravillosa, se sintió como un pájaro auténtico. Cuando llegaron al molino albino, se le presentó un problema.

—¿Cómo bajamos, Ourmat?

—No es necesario, esperadme —le contestó—. ¿Dónde están vuestros globos?

—Debajo de una losa, dentro de tres cajas. El globo sale cuando se tira de una cuerda —explicó Alex.

Ourmat se agarró a las aspas del molino, entró por la puerta cuando se acercó al suelo, y volvió a salir por una ventana con las tres cajas.

—Aunque estéis débiles, tenéis que agarrar la vuestra cada una.

Así lo hicieron, y se dejaron llevar hacia las nubes. Flotaban más despacio, debido al peso de las cajas, y eso inquietó a Claudy: sabía que iban a venir, que en cualquier momento aparecerían los hombres del señor Wormmoney.

Y sucedió. A lo lejos, vio a dos grupos de personas que se acercaban a ellos montados en algo plano.

—Son alfombras mágicas —dijo Ourmat—. Tenemos que mantenernos a esta altura.

—¿Pero no abrimos ya el tarro? —preguntó Alex.

—Sí, date prisa. Oh no, van muy rápido...

Claudy tragó saliva. Las dos alfombras mágicas se acercaron rápidamente, cada una dirigida por un timón que manejaba un mago. Desde ellas les lanzaron flechas y hechizos. Claudy se abrazó a Alex y juntas se encogieron, evitando la primera oleada. Pero a la segunda, fueron a por ellas directamente, y las cogieron.

El señor Wormmoney, que estaba presente, sonreía.

—Registrad a la chica de los dientes raros. Creo que ella retiene el tarro.

Las dos se movieron y mordieron, pero ya casi sin fuerzas. En ese momento apareció Ourmat y las liberó de los soldados, que casi se cayeron por el borde de la alfombra.

—¡Flotad, niñas! —gritó Ourmat.

Se abalanzó contra magos y soldados y los lanzó al vacío, siendo recogidos por la otra alfombra. Wormmoney apuntó con su bastón y disparó flechas contra Ourmat, que las esquivaba con dificultad.

Claudy y Alex se marcharon en dirección a un grupo de nubes negras, cuyos truenos ya podían oír. La segunda alfombra voló hacia ellas, con la intención de capturarlas.

—¡Claudy, nos van a coger! —chilló Alex.

—Agárrate a mí, se me ha ocurrido algo.

Se cogieron de la mano y esperaron que la alfombra se acercase más. Alex apretó con fuerza, pero no se quejó. En el último momento, Claudy cogió un poco de alfombra, y se fue a la parte de abajo. La alfombra se detuvo en el aire.

—Creo que ha funcionado, no saben dónde estamos... —susurró Claudy.

—¿Se han caído? —la voz era de Brum—. Pensaba que estaban delante.

—¡Están abajo, escondidas!

La última voz era muy familiar para Claudy y Alex.

—Oye, ¿no era...?

Las espadas empezaron a aparecer, agujereando la alfombra. Una de ellas alcanzó a Alex en la mejilla, no fue nada, pero la sangre las delató.

—¡Están abajo, que se suelten! Bien hecho, Dronte.

Los peores temores de Claudy se hicieron realidad. Su cerebro se quedó en blanco, el tiempo suficiente para que la alfombra diese una vuelta completa, y las cogieran de nuevo.

Claudy vio al tipo de la máscara de demonio rojo otra vez. Se la quitó, y en efecto era Dronte, con una sonrisa que Claudy nunca se imaginó en él.

—Dronte, eres tú... no me digas que...

—Él sí es de los nuestros —dijo Brum—. Dadme el tarro de cristal.

—¡Nunca se la daremos a un gordo sucio como tú! —gritó Alex.

Dronte se puso más cerca.

—Chicas, dejadlo ya. No sabéis lo que os perdéis al negaros a poneros una máscara mágica...

—Dronte, ¿qué dices? ¡Tú sabes que no es verdad! —chilló Claudy—. Hemos pasado por muchas cosas, y muchos peligros. Seguro que te acuerdas.

—Claro que sí, y fue estúpido por nuestra parte.

—¡No, tú no eres así! ¡Tú eres especial, mejor que esta gentuza! ¡Tienes que luchar, ser el de antes!

Dronte le dio una bofetada a Claudy. Estaba tan muda como Alex.

—Claudy, su máscara es de yeso... —dijo Alex en voz baja.

—Dronte, por favor...

—El tarro, Claudy. Es lo mejor, y cuando tengas una careta, serás muy feliz —dijo Dronte.

Claudy apretó los dientes.

—Te juro que voy a liberarte, Dronte. De momento, os lo daré.

Soltaron a Claudy y ella hizo como que iba a hacerlo, pero tiró de la cuerda de su caja, y salió el globo. Cogió a Alex y se alejaron de la alfombra.

—¿Estás loca? —preguntó Alex—. Quizá mi globo no sea suficiente para las dos.

Claudy sacó el tarro y lo levantó con la otra mano.

—¡Eh, voy a abrirlo! ¡Se acabó el poder de las máscaras!

La alfombra de Wormmoney chocó contra ellas. Claudy se separó de Alex, que con el golpe perdió el conocimiento, y la caja de su globo cayó al vacío.

—¡Atrévete! —gritó Wormmoney—. Cuando lo hagas, dejareis de flotar, y os caeréis.

Claudy vio a Ourmat tumbado en la alfombra. Wormmoney le apuntaba con su bastón.

—Él fallecerá, y tu amiguito obedecerá mis órdenes de lanzarse al vacío, si lo exijo.

A pesar del frío que tenía a esa altura, Claudy sudaba como nunca. Desde la otra alfombra, Dronte la miraba, preparado para saltar. Claudy empezó a imaginarse lo que les ocurriría a los tres cuando llegasen al suelo, luego recordó los días que pasó con ellos, y por último respiró profundamente.

—Muchas gracias a los dos.

Quitó la tapa.

Una columna de humo salvaje salió disparada, envolviendo las dos alfombras, para después salir como una flecha hacia las nubes negras.

Giménez, J.C. "El corazón de oro." JACLR: Journal of Artistic Creation and Literary Research 2.1 (2014): pages  
 <<https://www.ucm.es/siim/journal-of-artistic-creation-and-literary-research>>  
 ©Universidad Complutense de Madrid, Spain

Poco después, Claudy dejó de flotar, y cayó. Descubrió que el aire le hacía daño, la velocidad de la caída aumentaba mucho más de lo que Claudy pensó. No miró al suelo, a los molinos de viento que tenía a sus pies, si no que centró sus ojos al cielo, deseando que esa fuera su última imagen.

Entonces lo vio...

A su alrededor, se formaron paredes gigantescas de nubes negras, como si estuviese en el interior de un tornado. Dejó de caer, y tocó pie. Pronto descubrió dónde: en una mano hecha de nubes.

De las paredes surgieron gigantes, que eran de nubes. Claudy contó veinte por los menos, todos de forma humana, que gritaban de forma extraña. Además, también aparecieron animales gigantes de nubes, como gatos, caballos, serpientes, peces o pájaros. Claudy se fijó en el gigante que la había salvado, y se dio cuenta de un gran hueco vacío que tenía en el pecho.

—¡Claudy!

El grito era de Alex, que había caído en la misma mano. Con ella estaban Dronte y Ourmat.

—¿Cómo estáis? —les preguntó.

—Dronte está inconsciente, pero vivo —contestó Alex—. Y yo más sucia que nunca, pero bueno, por ver todo esto no me importa.

—Ourmat, ¿sabías...?

—No, Claudy. Yo... no lo... sabía —aseguró Ourmat.

De pronto, la columna de humo apareció ante sus ojos. Poco a poco, rellenó el hueco del gigante, y sus nubes pasaron de negras a blancas. Y lo mismo con el resto de gigantes humanos y animales.

—El tarro... ¿tenía dentro su corazón? —preguntó Claudy sorprendida.

—Por eso era tan importante para Wormmoney... —dijo Alex—. ¿Dónde estarán?

Claudy vio a los demás en las manos de otros gigantes. Con alegría en su cansada alma, Claudy vio cómo magos y soldados se quitaban las máscaras, muy enfadados. Y Wormmoney era prisionero de los magos.

—Irás a la cárcel... la guerra va a terminar —dijo Ourmat.

En un abrir y cerrar de ojos, Ourmat se transformó, y volvió a ser una persona normal. Claudy sabía que a su madre también le estaría pasando lo mismo. Pero otro asunto llamó más su atención.

—Dronte, te has despertado.

—Claudy... lo siento muchísimo —dijo Dronte mientras la abrazaba—. No podía... yo... perdóname.

—Solo promete que no cambiaras nunca.

—Por supuesto. Yo... me encantan tus dientes —admitió Dronte.

—Gracias —dijo Claudy.

—Alex, ven, súmate al abrazo, no seas serio.

—No quiero molestar —les dijo.

Claudy y Dronte se miraron entre sí.

—Eso no es motivo para que no te unas, Alex. Te queremos —dijo Claudy.

Los tres se abrazaron. Los gigantes los dejaron en el suelo poco a poco, antes de marcharse. Claudy decidió que primero buscaría a su familia, pero después, pasaría unas largas vacaciones con Alex y Dronte.

**Perfil del autor:** J.C.Giménez (José Cebrián Giménez) nació en Madrid el 27 de julio de 1987, pero ha pasado la mayor parte de su vida en el pueblo manchego de Quintanar de la Orden (Toledo). Cursa estudios universitarios en la Universidad Complutense de Madrid, concretamente la carrera de Historia del Arte, donde ha obtenido una matrícula de honor en Literatura Contemporánea. Dedicado a la escritura desde niño, en su colegio *Nuestra Señora de la Consolación* ganó un concurso de cuentos navideños en el año 2000. Más tarde, colaboró con una página web de fans de Harry Potter, [www.harrylatino.com](http://www.harrylatino.com), desde 2007 hasta 2011, escribiendo los guiones radiofónicos de una web serie de parodia. En el año 2012 ganó otro concurso, esta vez convocado por Escuela de Escritores (Madrid), de guión de cortometrajes, cuyo premio fue el rodaje de dicho guión, dando origen al cortometraje *Lex Imaginaria* (2012), colgado actualmente en youtube. También para Escuela de Escritores ha publicado tres relatos breves, en los libros de dicha escuela: en el noveno libro "Amarrar el sol" el relato *El Palo de la Hechicera* (2012), en el décimo libro "Queda la música" el relato *Steam City* (2013), y en el undécimo libro "Tic Tac Tic Tac" el relato *Skirpu y Zann* (2014).